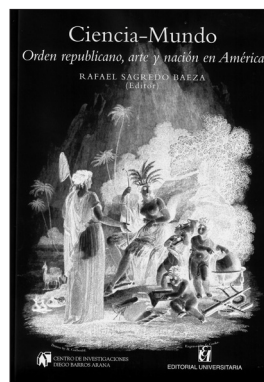


Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América

Rafael Sagredo Baeza (Editor).

Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2010, 341 páginas.

La formación de las repúblicas latinoamericanas fue un proceso que contó con la asesoría de diversos artistas, exploradores, intelectuales, naturalistas y viajeros de origen extranjero, los cuales trabajaron para los gobiernos de las jóvenes naciones o para instituciones públicas y privadas de Europa. Su presencia en la región tuvo como objetivo el de emprender una serie de labores, tales como la de recoger los productos naturales existentes, escribir publicaciones luego de concluir sus investigaciones y, también, la de recorrer estas naciones, porque las autoridades tenían la necesidad de conocer el territorio sobre el cual se estaban cimentando los países del continente.



El desarrollo y el resultado que tuvieron los trabajos de estos destacados personajes corresponde al pilar central de los artículos que conforman el presente libro, el cual tuvo su origen en el Seminario de Historia, Naturaleza y Representación que se realizó en la Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, el año 2004. A lo largo de estos ensayos, los autores abordan la labor que todos ellos cumplieron, junto a diversos temas relacionados con la importancia de sus oficios, que van desde la construcción republicana hasta la formación de identidades nacionales.

En el primero de estos artículos, Ottmar Ette aborda el concepto de globalización, pensando en el uso común que ha adquirido este término luego del atentado a las torres gemelas el 11 de septiembre del año 2001, aunque destaca que carece de definiciones concretas. Al principio de su escrito, indica que este término tiene aspectos biológicos, climáticos, geoecológicos, geográfico-espaciales, entre otros, pero en la mayor parte de estas páginas se remite al concepto de "arqueología de la globalidad" y analiza las congruencias existentes entre ambos términos. Es así como junto con mencionar

las características de la “globalidad”, Ottmar Ette distingue cuatro fases de lo que denomina “globalización acelerada”, que son la de la expansión colonial mundial del siglo XV, la de las conquistas territoriales de Francia e Inglaterra que hubo entre 1750 y 1800, la de los conflictos entre Estados Unidos y España por Cuba entre 1870 y 1900, y la de la actualidad, en que predominan los flujos de capital.

Luego de esto, el autor busca sustentar su estudio exponiendo el pensamiento del holandés Cornelius de Pauw, el cual destacó lo realizado por Cristóbal Colón y analizó al indígena descubierto, el cual, según su opinión, tenía predisposición natural a la esclavitud y era un antropoide inferior al europeo. Además, Ette rescata la presencia que tuvo De Pauw en la *Enciclopedia* francesa de 1751 que se hizo sobre América, y en el *Supplement Encyclopédie* de Ámsterdam de 1776, y señala que sus planteamientos fueron desplazados por los de Guillermo Thomas Raynal, que habla de la importancia comercial que tenía el descubrimiento de América, y por Antoine Joseph Pernety, el cual entró en controversia con De Pauw al ser “testigo ocular” del accionar del indígena americano. A partir de este último elemento, Ette indica que la observación se fue consolidando como el mejor método para establecer conclusiones sobre América, lo que fue un elemento recogido por Alexander von Humboldt, cuyo pensamiento se impuso a partir del siglo XIX.

En el segundo apartado, Maria de Fátima Costa y Pablo Diener analizan la expedición que el portugués Alexander Rodrigues Ferreira realizó durante diez años por Brasil, cuyo destino era el Pantanal, ubicado en la región de Matto Grosso do Sul. Además, indican que ese recorrido se organizó con el concepto de “viaje filosófico”, al que definen como aquel viaje realizado para reconocer y describir el interior de los territorios coloniales, con el fin de perfeccionar el sistema de explotación de los dominios. Por otro lado, los autores relatan las experiencias que vivió Rodrigues Ferreira en su viaje, y el desarrollo que tuvo la misión, la que consistía en estudiar la etnografía del sector recorrido, recoger productos naturales para el Real Museo de Lisboa, y hacer observaciones filosóficas y políticas.

A lo largo de su artículo, los autores nos entregan algunos datos que caracterizaron a esta expedición. Señalan, entre otras cosas, que Rodrigues Ferreira recorrió un tramo de 39.000 kilómetros, acompañado por el jardinero botánico Agostinho Joaquim do Cabro, por José Joaquim Freire y Joaquim José Codina. Sin embargo, dan cuenta de las condiciones en las que se desarrolló el recorrido, ante lo cual destacan que si bien en un principio se desarrolló sin problemas, la falta de autonomía que la expedición tenía con la administración imperial, la falta de recursos en algunos momentos del viaje, las enfermedades que adquirieron los miembros de la expedición y la poca experiencia en el desplazamiento fluvial le causaron más de algún dolor de

cabeza a Rodrigues Ferreira, aunque estos conflictos no fueron un obstáculo para concluir con éxito su empresa.

Por su parte, Mauricio Nieto analiza las relaciones que tuvo la ciencia europea con los conocimientos de las culturas nativas americanas, para lo cual destaca la importancia que tenía el saber para la elite neogranadina, la que incluso hablaba de la existencia de una mano sabia y de un vulgo ignorante presente en la región. Además, se refiere al texto titulado “Memoria de las serpientes” de Jorge Tadeo Lozano, que formó parte de las publicaciones del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, editado por Francisco José de Caldas entre los años 1810 y 1814, en el cual muestra el beneficio que las serpientes podían tener para los hombres, y expone las investigaciones que realizó en torno a ellas, utilizando incluso los conocimientos de los indígenas.

En el cuarto de estos artículos, Gilles Béraud se remite específicamente a estudiar el trayecto que realizó el viajero francés Alcide D’Orbigny por el Perú. Destaca que luego de ser propuesto por el Museo de París, inició su viaje en 1826 con dirección a Sudamérica, llegó a Río de Janeiro, luego se mantuvo un tiempo en Buenos Aires, y llegó al Océano Pacífico recién en febrero de 1830 al recalcar en Valparaíso. También indica que a pesar de realizar estudios sobre crustáceos, su estancia en Chile fue corta por la inestabilidad existente luego de la revolución de 1829, por la presencia de Claudio Gay y por la invitación que recibió de parte del mariscal Andrés de Santa Cruz para ir a Bolivia, con el cual entabló amistad hasta 1833, año en que regresó a Europa. Toda su aventura la plasmó tiempo después en su monumental obra *Viaje a la América Meridional*.

Carlos Sanhueza se refiere al viaje del alemán Eduard Poeppig a América, el cual recorrió Cuba, Estados Unidos, Chile y Perú, países en los que recogió material herbario y zoológico. El autor enfatiza que Poeppig manifestó interés en estudiar el mundo tropical y las especies exóticas, siguiendo las ideas de Alexander von Humboldt, y siguió un enfoque empírico en sus investigaciones, lo que le permitió crear un sistema de análisis en el que unió la filosofía y la naturaleza, para estudiar el carácter del hombre sudamericano.

También indica que Poeppig le atribuyó ciertos rasgos al hombre sudamericano, luego de vivir dos años en la selva tropical. Es así como señaló que este sujeto tenía una inclinación sensual y vivaz, poca tendencia al trabajo y era proclive a disfrutar la vida, lo que estaba causado, según este viajero, por el sol tropical y por la vegetación exuberante. Es así como Sanhueza rescata que Poeppig logró establecer un método comparativo que le permitió construir identidades distintas al hombre europeo y latinoamericano, por vivir en hemisferios opuestos.

En el sexto trabajo de este libro, Rafael Sagredo estudia la trayectoria que tuvo la estadia de Claudio Gay en Chile, y se centra en el momento en que creó su *Historia física y política de Chile*. Para lograr ello, inicia su análisis señalando que Gay llegó al país en diciembre de 1828 gracias a la oferta que le hizo Pedro Chapuis para venir y formar un colegio de profesores de ciencias en Santiago, lo que estuvo fundamentado por la experiencia que tuvo el francés al estudiar en París cursos de medicina y farmacia. También rescata que llegó a la casa de Jorge Beauchef, con el cual entabló una relación de amistad, al igual que con Guillermo Tupper, y va mostrando la manera en que se insertó en la elite, y en los inicios de sus recorridos por diversas zonas de Chile.

Sagredo indica que Gay recibió en 1830 la orden para trabajar en la monumental tarea de recorrer Chile para crear un completo estudio físico del territorio, tal como se estipuló en un contrato que firmaron el francés y el ministro Diego Portales. Luego señala que empezó su trabajo en Colchagua en diciembre de 1830 y terminó en Atacama en 1842, en cuyo período recogió especies animales y vegetales existentes, fijó puntos geográficos, e hizo estudios sobre geología, agua, clima y meteorología. Incluso, conversó con la gente, para rescatar hechos históricos del país.

Otro punto que es enfatizado por el autor corresponde al apoyo que recibió Claudio Gay por personalidades como Mariano Egaña y Manuel Montt, los cuales estuvieron tras la petición que se le hizo al francés para hacer una historia política de Chile, impulsado por el fervor patriótico existente luego de la Guerra contra la Confederación, así como por los viajes a Europa. Es así como Sagredo se refiere al nacimiento de ese gigantesco proyecto, y aborda los aspectos positivos y negativos que tuvo su proceso de creación, entre los que destaca que Gay tuvo problemas con mantener sus suscriptores, tuvo que pedir más plata, debió integrar al Estrecho de Magallanes y se le pidió redactar una historia nacional, agregando un tomo extra para abarcar el período 1814-1830, como una manera de cerrar el período con la instauración republicana. Por otra parte, el autor nombra algunos elementos que se encuentran presentes en su historia, como el rescate que se le hace a la actividad agrícola, y su *Atlas*, el que fue utilizado por el Estado hasta la creación de la Geografía Física de la República de Chile en 1875, hecha por Amado Pissis.

Posteriormente, Gertrudis Payás nos presenta un interesante trabajo titulado "*Tradukción i rebelión ortográfika*", en el que aborda los cambios que sufrió la ortografía chilena durante el siglo XIX. La autora señala que en esa centuria hubo muchos usos de las letras *v*, *b*, *g*, *j*, y la *h*, dentro de un período en el que las rupturas con España influyeron también en el léxico. Frente a esto, resalta las influencias que en América del Norte ejerció el abogado y maestro inglés Noah Webster, y menciona el aporte que hizo

en la materia Andrés Bello, el cual hablaba de la necesidad de simplificar y uniformar la ortografía en América, disociando la ortografía de la etimología y acomodándola a la fonética. Por ese motivo, dijo en 1835 que en Chile cada letra debía tener su sonido y cada sonido tenga su letra.

Uno de los aspectos más interesantes de este trabajo corresponde a que se trajeron libros a Chile para traducirlos y que no debían ser españoles, con posterioridad a la reforma ortográfica de Andrés Bello de 1844, en cuya traducción se cambió la *g* por la *j* (jeografía) y la *y* por la *i* (mui), aunque surgió a fines de siglo un movimiento neográfico que buscó rebelarse ante esta medida, el que cambió la letra *q* por la *k*, y publicó "*ortografía rrazional*" para explicar su propuesta. Finalmente, indica que se impuso el castellano hasta el 12 de octubre de 1927, fecha en que se cambió la ortografía por la actual.

En el octavo ensayo, Lizardo Senier analiza el viaje que efectuó Antonio Raimondi alrededor de Perú, el cual se prolongó por 19 años. Señala que en ese período recorrió sectores como el norte y el sur de Lima, el valle de Chanchamayo, las islas Chincha y Tarapacá, e incluso las visitaba más de una vez para darle una mayor confiabilidad a sus investigaciones. También indica que se desempeñó como naturalista-etnógrafo, y expuso una visión totalizadora sobre las rocas, los fósiles, las plantas y los monumentos incaicos, las que se plasmaron en su obra *El Perú*, que la dividió en dos secciones. En la primera, mostró los métodos utilizados en sus travesías, y en la segunda el recorrido realizado.

Además, destaca otros aspectos, como los contactos que Raimondi estableció con Cayetano Heredia, Director del Colegio de la Independencia, el cual le pidió organizar colecciones de objetos de historia natural y regentar la cátedra del mismo nombre, a pesar de no tener carrera universitaria. En conjunto a esto, Senier muestra los contactos que tuvo Raimondi con investigadores como Ignacio Domeyko y Rodolfo Philippi, con los que se escribió e hizo circular especies de moluscos.

En el penúltimo de estos trabajos, Josefina de la Maza Chevesich se centra en la relación existente entre pintura y nación en Chile, y también en los elementos que conformaron al arte nacional. Para lograr aquello, la autora menciona algunos hitos que vivió el desarrollo de la industria artística chilena, como la creación de la Academia de Pintura en 1849, y la preocupación que hubo en la década de 1880 por expandir las obras al público. Menciona que en esta época se creó el Museo de Bellas Artes, que tuvo como objetivo guardar las obras de arte que había dispersas en el país, y años después se creó una comisión encargada de difundirlas al público, la que estuvo formada por el escultor José Miguel Blanco, junto a Marcos Maturana y Giovanni Mochi.

También resalta la posterior polémica de los “mamarrachos” que ocurrió por las disputas existentes entre la comisión y la Unión Artística, que fue un grupo creado por Pedro Lira, y que fomentó la construcción de un Partenón en la Quinta Normal, el que después pasó a ser administrado por el Estado de Chile. Estas desavenencias ocurrieron, entre otras razones, por el excesivo poder que el gobierno le confirió a la Unión al encargarle la organización de los salones, y por invitar a sus contactos cercanos a exponer. La disputa provocó que en 1888 se despojase al Museo de varias obras con el pretexto de llevarlas a Chillán, gracias a las críticas que Vicente Grez hizo en El Ferrocarril, calificándolas como “mamarrachos” por seguir manierismos europeos. Cabe destacar que entre estas obras se encontraban pinturas de Alejandro Cicarelli y de Ernesto Kirchbach.

A partir de estas ideas, la autora desarrolla otros aspectos que marcaron al progreso del arte y los artistas chilenos, dentro de lo cual destaca las diferencias de clase que había entre los pintores, y la tendencia que los artistas pobres tenían a satisfacer los gustos de sus mecenas, por causas económicas. Además, menciona que se fue consolidando una tendencia academicista y conservadora en esta área, y señala que hubo una demanda de los artistas por contar con cánones más específicos en el medio. Frente a esto, menciona que luego de la Exposición de París de 1889, en la que destacó Pedro Lira con su obra *La Fundación de Santiago*, se realizó un seminario organizado por el Centro de Artes y Letras, que contó con el patrocinio del Partido Conservador, para definir lo que era el arte nacional, en el que se contrapusieron las ideas de progreso y cosmopolitismo con la del rescate de las características de Chile y la relación con el entorno, lo que derivó en críticas a la falta de espíritu artístico de la sociedad chilena, y la escasez de tradiciones del pueblo.

En el último de estos trabajos, Ottmar Ette presenta un breve análisis en el que busca rescatar el legado del naturalista y explorador alemán Alexander von Humboldt, de quien valora su dedicación a la vida científica, y el profundo legado metodológico que les dejó a los viajeros que lo sucedieron. A su vez, menciona algunas de sus visiones que plasmó en su obra *Cosmos*, como el de comprender a la ciencia y a los científicos como dos mundos inseparables, y a la naturaleza como una totalidad. Además, rescata el amor al detalle que Von Humboldt aplicó en sus viajes, y los diversos conceptos de “mundo” que manejaba.

No cabe duda que este libro contiene un gran valor historiográfico, debido a que sus artículos nos muestran el invaluable aporte artístico y científico que hicieron los sujetos expuestos en todos los análisis que se entregan. Además, su lectura nos permite comprobar que el proceso de construcción de las naciones latinoamericanas no fue un período que contó con el exclusivo protagonismo de las elites políticas de la región, porque el trabajo realizado

por todas estas personas fue una pieza clave a la hora de llevar a cabo este complejo proceso.

Para concluir, podemos afirmar que *Ciencia-Mundo* tiene la cualidad de reunir a personas y territorios que forman parte de la misma unidad geográfica en la cual estamos inmersos, el continente americano. Ese es un aspecto que puede ser muy útil para que los historiadores sigan investigando en los procesos históricos que nuestros países tienen en común, cuyo resultado permitiría afianzar los lazos del conocimiento historiográfico regional.

Jorge Gaete Lagos¹

1 Magíster (c) en Historia, Universidad Nacional Andrés Bello (Chile).
E-mail: jlgaete_reload@hotmail.com